

30

Colección  
Ciencias Sociales



# Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo

Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama  
Compiladoras



UPB

Universidad Pontificia Bolivariana

Mesa, Clara Cecilia, compilador

Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo / Clara Cecilia Mesa y María Paula Valderrama. Compiladores -- 1 edición-- Medellín: UPB. 2024 -- 253 páginas - (Colección Ciencias Sociales, 30) ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

1. Teoría psicoanalítica 2. Políticas y debates culturales 3. Psicoanálisis lacaniano

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Varios autores

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana  
Vigilada Mineducación

**Incidencias políticas del psicoanálisis en el mundo contemporáneo**

ISBN: 978-628-500-120-8 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-120-8>

Primera edición, 2024

Escuela de Ciencias Sociales

CIDI: Grupo de investigación: Grupo de Investigación en Psicología (GIP).

Proyecto: Las pasiones políticas desde una mirada psicoanalítica.

Radicado: 326C-11/18-10.

**Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín:** Mons. Ricardo Tobón Restrepo

**Rector General:** Padre Diego Marulanda Díaz

**Vicerrector Académico:** Álvaro Gómez Fernández

**Decano Escuela de Ciencias Sociales:** Omar Muñoz Sánchez

**Directora de la Facultad de Psicología:** María Paula Valderrama López

**Coordinadora (e) Editorial UPB:** Maricela Gómez Vargas

**Revisión editorial:** Mariaclara Olaya

**Producción:** Ana Milena Gómez Correa

**Diagramación:** Editorial UPB

**Corrección de estilo:** Diana Patricia Carmona Hernández

**Fotos portada:** Fragmentos de *El infierno musical de El jardín de las delicias* de Jerónimo Bosco, 1490 o 1500. Licencia Creative Commons.

**Dirección Editorial:**

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2024

Correo electrónico: [editorial@upb.edu.co](mailto:editorial@upb.edu.co)

[www.upb.edu.co](http://www.upb.edu.co)

Medellín - Colombia

**Radicado:** 2289-02-10-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

# El anhelo fascista y el odio como capital político: reflexiones desde el psicoanálisis<sup>1</sup>

John James Gómez Gallego  
[john3.gomez@ucp.edu.co](mailto:john3.gomez@ucp.edu.co),  
[jomesgo@gmail.com](mailto:jomesgo@gmail.com)

Doctor en Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Magíster en Sociología de la Universidad del Valle, Colombia. Psicólogo de la Universidad Cooperativa de Colombia. Miembro de la Asociación Foro del Campo Lacaniano de Pereira y de la Internacional de Foros del Campo Lacaniano.

Docente de la Universidad Católica de Pereira. Investigador del Grupo Clínica y Salud Mental de la misma Institución en la línea "Psicoanálisis, trauma y síntomas contemporáneos".

---

<sup>1</sup> Este capítulo es resultado del proyecto de investigación "Discursos de polarización y odio en contenidos noticiosos mediáticos a partir de un análisis en dos niveles: narrativo y psicoanalítico" financiado por la Dirección de Investigaciones e Innovación de la Universidad Católica de Pereira (Colombia).

Es bastante conocida la afirmación de Freud según la cual “El odio, como relación con el objeto, es más antiguo que el amor”<sup>2</sup>. Se trata de una afirmación de gran precisión, tanto a nivel de su temporalidad lógica en la oposición odio/amor, como en lo atinente a su tópica, pues ubica en esta diada el marco de la relación de objeto, esto es, del lazo narcisista, especular, entre el yo y el otro. Partiendo de esa tesis freudiana, me propongo desarrollar aquí dos ejes de trabajo que están expresados de manera explícita en el título. Por un lado, lo que he llamado *anhelos fascistas*; por otro, el *odio como capital político*; ello a la luz de lo que el psicoanálisis permite leer. No nos apresuraremos a tanto como suponer que el psicoanálisis podría llegar a hacer algo más al respecto; va de suyo que eso no está garantizado.

## Pulsión y acto

Uno de los errores más comunes en lo que denominamos sentido común es suponer que el odio padecido en el lazo social es efecto de nuestra parte más animal, más natural, si se quiere. Nada de eso. Este fenómeno no es propio de la naturaleza. Los animales se rigen por necesidades de índole biológica y aunque eso los lleve a convertirse en depredadores y a luchar con otros integrantes de sus propias manadas para garantizar la supervivencia de los más fuertes, sería absurdo atribuir a ello algún tipo de intención maliciosa u odiosa. Veremos que el odio requiere de al menos dos cuestiones propias de la condición humana: el lenguaje, en el que nos constituimos como seres hablantes, y la relación especular, que se funda en el seno de ese campo.

Es por esa vía que acontece lo que Freud denominó *pulsión* [*Trieb*] y que no hemos de confundir con los *instintos*. Estos últimos se producen como efecto de estímulos internos y externos ante los cuales los seres vivos reaccionamos sin ningún tipo de participación de lo simbólico. Se trata de imágenes sensoriales que son interpretadas por las células en general y, en el caso de los seres bióticos más

2 Sigmund Freud, “Pulsión y destinos de pulsión”, en *Obras completas*, Vol. XVII (Buenos Aires: Amorrortu, 1986), 133.

complejos, por la corteza cerebral. En ese marco, la relación estímulo respuesta es el modelo que, como sabemos, también fue usado por Freud como punto de partida para pensar las operaciones psíquicas: “el aparato psíquico ha de estar construido como un aparato de reflejos. El proceso del reflejo sigue siendo el modelo de toda operación psíquica”<sup>3</sup>. Sin embargo, Freud se vio en la necesidad de introducir otras dimensiones que iban más allá del reflejo. Al respecto, lo primero que salta a la vista en ese modelo del esquema óptico presentado en 1900 es la introducción del movimiento *regrediente* que conlleva el retorno desde lo inconsciente hacia las huellas mnémicas, buscando las satisfacciones originarias, pero irre recuperables, pues no cuentan con representación alguna.

Ese movimiento *regrediente* exige una ruptura con el arco reflejo debido a que las representaciones motivan una búsqueda de algo perdido que está presente como una marca de ausencia. Algo falta, y lo simbólico empuja para recuperarlo, fracasando en ello una y otra vez. Ese fracaso es, a su vez, un triunfo, pues inaugura el periplo indomeñable de la pulsión, con lo cual el deseo se hace indestructible y nos conmina a buscar siempre un más allá que no encuentra su límite más que con la muerte misma. Estamos presos en ese circuito que nos empuja más allá del mundo restringido a las conductas y los comportamientos y nos pone en el plano del acto.

El lector anticipará, probablemente, que propongo así diferenciar entre esos tres términos –conducta, comportamiento y acto– que a veces son tratados como sinónimos. Propongo entender la conducta como cualquier respuesta refleja, involuntaria y autónoma del organismo ante la aparición de un estímulo determinado. En cuanto al comportamiento, que sea entendido como una respuesta aprendida a partir de los procesos de memoria que facilitan la adaptación eficiente de los organismos a las necesidades que se les imponen, tanto desde el interior de sí mismos, como desde el medio en que habitan. Conducta y comportamiento constituyen, pues, formas de respuesta propias de los organismos; la primera como un reflejo; la segunda como efecto del aprendizaje. Ya Lacan había señalado sobre estos temas que “el análisis revela una discordancia profunda, radical, de

---

3 Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”, en *Obras completas*, Vol. XV (Buenos Aires: Amorrortu, 1986), 531.

las conductas esenciales para el hombre, con respecto a todo lo que vive”<sup>4</sup>. Mientras que:

Del lado del animal, hay una ambigüedad fundamental en la que nos desplazamos entre el instinto y el aprendizaje, cuando se intenta, como sucede actualmente, ceñirse un poco más a los hechos. En el animal, las llamadas performances del instinto no son en absoluto excluyentes del aprendizaje. Además, sin cesar se manifiestan en él posibilidades de aprendizaje dentro de los marcos del instinto. Más aún, se descubre que las emergencias del instinto no podrían tener lugar sin una llamada del entorno, como se dice, que estimule y provoque cristalizaciones de las formas, los comportamientos y las conductas<sup>5</sup>.

En ese orden de ideas, el reflejo pupilar corresponde a una conducta. Pero realizar un recorrido más de una vez, para ir de un lugar a otro, puede ser tomado como un comportamiento modelado por las relaciones con otros miembros de una manada, por ejemplo, en pos de garantizar la supervivencia. Los animales no humanos aprenden, es un hecho. La supervivencia apremia y la necesidad de adaptación lleva a la modificación de sus conductas hacia comportamientos que hagan posible la subsistencia de acuerdo con el entorno. Y, por supuesto, resulta innegable que, en cuanto seres vivos, los humanos ejercemos tanto conductas como comportamientos; buena parte de la psicología académica circunscribe su comprensión de la condición humana de manera exclusiva a esa perspectiva. Pero, ¿es lícito reducir lo que acontece en nuestro campo a conductas y comportamientos? La experiencia psicoanalítica demuestra que hay algo más. Es cierto que somos seres naturales, pero sería más preciso decir que somos *no-todo* naturales. Respondemos a las necesidades biológicas; de otro modo, la vida sería inviable. No obstante, al nacer somos incorporados en un cuerpo que no es el organismo y que preexiste a nosotros, a saber, el lenguaje: “El primer cuerpo hace al segundo, al incorporarse en él. De donde lo incorporal que sigue marcando al primero, desde el tiempo posterior a su incorporación. Hagamos

4 Jacques Lacan, El seminario de Jacques Lacan, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica (Buenos Aires: Paidós, 1983), 135.

5 *Ibid.*, 136.

justicia a los estoicos por haber sabido de este término, el incorporal, firmar en qué lo simbólico sujeta al cuerpo”<sup>6</sup>.

Es por esa incorporación que el organismo deviene cuerpo pulsional. Somos, pues, seres *no-todo* naturales, como también *no-todo* lenguaje. El *no-todo* es la marca que como ley signa nuestro lugar en el mundo. De allí el interés de Lacan en el término incorporal, propio del estoicismo antiguo, retomado por él en términos de su física y su lógica. Mas no aquellas aristotélicas ligadas a lo necesario y lo general, sino las de lo necesario y lo singular que halló en los estoicos. En esta lógica y física, los cuatro incorporales son: el *lektón* o *expresable*, al cual Lacan renombra como *sujeto del inconsciente*; el *vacío*, que se define como diferente de la nada, y corresponde a “una especie de cuerpo atenuado hasta perder todas sus propiedades, pero, sin embargo, existe, puesto que está separado de los cuerpos”<sup>7</sup>, el cual Lacan hizo corresponder con el objeto *a* y que señala como el mayor incorporal del estoicismo<sup>8</sup>. Luego están también el espacio y el tiempo.

En cuanto concepto, lo incorporal permite fundar una lógica para lo singular que da cuenta de la paradoja como estructura. Gracias a ese concepto puede asumirse el *no-todo* que hará posible comprender las paradojas propias del cuerpo pulsional. No me detendré en este concepto, pues no está en el centro del propósito de este texto, pero quiero subrayar su importancia para comprender que la incorporación tiene como efecto la producción de pérdidas, incorporales, que marcan una lógica singular sustentada en la ley del *no-todo*.

Fue Freud quien descubrió esa lógica en la vida psíquica. Para lo cual el sueño ocupó un lugar paradigmático que tuvo para él el estatus de “un acto psíquico de pleno derecho”<sup>9</sup>. Y si se trata de un acto es porque, precisamente, está inscrito en lo simbólico. No se trata de lo que implica el sueño como operación biológica de producción de

---

6 Jacques Lacan, “Radiofonía”, en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 431.

7 Émile Bréhier, *La teoría de los incorporales en el estoicismo antiguo* (Buenos Aires: Editorial Leviatán, 2011), 78.

8 Jacques Lacan, “Prefacio a una tesis”, en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012).

9 Freud, “La interpretación de los sueños”, 527.

imágenes; proceso que probablemente ocurre también en algunos otros animales. No es la conducta ni el proceso neurobiológico de soñar lo que le resulta clave. Lo relevante es que el sueño llama a la interpretación porque interroga al yo del propio soñante. Y, como sabemos, solo llama a la interpretación aquello que se manifiesta en el campo del lenguaje al que Lacan denominó Otro.

En consecuencia, propongo entender el acto en relación con dos asuntos. Uno, en cuanto al modo en el que nuestra inscripción en lo simbólico empuja a la oposición *sin-sentido/sentido* como una constante dialéctica. Dos, esa oposición será, entonces, la ley singular del movimiento, no en el sentido mecanicista de Newton, sino como circuito (pulsional): “como un acto que se repite siempre de nuevo”<sup>10</sup>. Esa diferencia entre la acción mecánica y el movimiento como acto que se repite siempre de nuevo no es menor; de hecho, constituye una de las principales rupturas epistemológicas de Freud, quien habiendo postulado como primera idea rectora la ley general del movimiento de Newton: “concebir lo que diferencia la actividad del reposo como una Q sometida a la ley general del movimiento”<sup>11</sup>, lo que implicaría la idea de la fuerza de un cuerpo ejercida sobre otro, se vio obligado por su descubrimiento a dar el paso hacia un circuito como modelo del recorrido de la energía estableciendo una fuerza constante inherente al cuerpo mismo constituido, en este caso, como cuerpo pulsional. Y, si bien abundan los lugares en la obra de Freud donde pueden observarse sus agudas intuiciones en cuanto a la función del lenguaje, fue Lacan quien logró plantear con todas las letras la función del lenguaje en ese circuito. Entonces, la incorporación en el campo del lenguaje produce una serie de incorporales que operan como ejes del empuje hacia un acto que se repite siempre de nuevo en el marco de la oposición *sin-sentido/sentido*, la cual Freud ubicó bajo la forma dialéctica *ausencia/presencia*.

Así, el acto no corresponde a una respuesta refleja. Tampoco se trata de un comportamiento aprendido para adaptarse al medio. El acto tiene su lugar en el orden simbólico y “En él [el orden simbóli-

10 Bréhier, La teoría de los incorporales, 73.

11 Sigmund Freud, “Proyecto de psicología” (1895), en *Obras completas*, vol. I (Buenos Aires: Amorrortu, 1986), 339.



co] les designo la originalidad del descubrimiento freudiano”<sup>12</sup>. Por tanto, no responde al instinto sino a una demanda de significación en el campo del Otro en el que es posible leer, es decir, descifrar un mensaje que no es sin equívocidad, multivocidad, ni malentendido. Dicho de otro modo, no es sin discordancia.

## Odio y narcisismo

---

Con base en lo expuesto hasta ahora hemos de comprender que si el odio no es atribuible a los animales no humanos es porque acontece en el campo del Otro, por tanto, no se trata de una emoción vinculada con una conducta ni un comportamiento. Un animal, sin importar su ferocidad, no ataca a otro salvo por razones instintivas o, también, como comportamientos arbitrariamente provocados, pues sabemos que es posible condicionar a algunos animales para atacar con el fin de que los humanos podamos procurarnos unos ciertos goces mortíferos.

Sea como fuere, es muy poco probable que un animal ataque a otro con sevicia. Ese empuje excesivo y regocijante por el cual es tomado alguien que se ensaña con la destrucción de otro es algo propiamente humano. Sin embargo, no basta la pulsión para que haya odio. La pulsión es acéfala y no puede ser vista en sí misma como pensante ni dotada de maldad. Ella busca satisfacerse sin distinción moral, pero no por eso es natural. Recordemos que esa satisfacción tiene que ver con la insistencia de lo simbólico y no con las necesidades biológicas. ¿Qué hace falta, entonces, para que el odio aparezca en escena y se sirva de la fuerza pulsional? En términos de Freud: *el narcisismo*.

Antes que nada, considero importante señalar que no debemos caer en la trampa de suponer que el narcisismo debería ser visto como una mala palabra o como algo indeseable. Se trata de un fenómeno necesario y constituyente de esa instancia a la que en psicoanálisis se denomina *yo* y que es, en buena medida, inconsciente. Las relaciones

---

12 Lacan, El seminario de Jacques Lacan, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica, 177.

cotidianas se producen entre intercambios narcisistas, es decir, en relación con los significados con los que cada uno intenta definirse a sí mismo, a los otros y al mundo en el que se encuentra. En ese sentido, el amor, el odio y la ignorancia son pasiones vinculadas de manera directa con aquello susceptible de objetivarse a través de significados, es decir, de las imágenes que por efecto de la articulación significante intentamos fijar como definiciones. Y como esa instancia del yo es sobre todo inconsciente, priman en ella el espejismo y el desconocimiento:

La noción de yo, que Freud demostró especialmente en la teoría del narcisismo como resorte de todo enamoramiento (*Verliebtheit*) y en la técnica de la resistencia en tanto soportada por las formas latente y patente de la denegación (*Verneinung*), muestra de la manera más precisa sus funciones irrealizantes: espejismo y desconocimiento<sup>13</sup>.

Esto corresponde al registro que Lacan denominó *imaginario*; y a su vez está soportado en el significante, es decir, en el campo del lenguaje. Por eso no ha de confundirse con las imágenes en el sentido de la percepción biológica. La relación especular se basa en el modo en el que por el lenguaje las imágenes se articulan como cadenas significantes que producen significaciones y a partir de las cuales se intentan fijar significados que llegan a tener el valor de ideales. Sabemos que por esos ideales alguien puede estar dispuesto a morir y a hacerse matar. Fundado en esas definiciones, el narcisismo intenta borrar la diferencia, pues le resulta insopportable como recordatorio del *sin-sentido* estructurante al que estamos sometidos por la ley del *no-todo*, que hace de nuestra experiencia el testimonio de una imposibilidad de completitud. No hay forma de definir, por tanto, lo que algo *es*; toda pregunta por la esencia primordial del ser ha sido revelada por la experiencia psicoanalítica como sometida a una falta instaurada por esa ley singular del *no-todo*.

¿Qué hace el yo frente a esa imposibilidad? Usualmente intenta desconocerla. No se quiere saber sobre ello. Y como soporte para ese desconocimiento se producen *fixiones*. Propongo escribirlo de esta

13 Jacques Lacan, "Discurso de Roma", en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 157.

manera para señalar que se trata tanto de ficciones como de intentos de arreglar o reparar la falta, tomando en cuenta el verbo inglés *to fix*. Entonces, esas *fixiones* sirven como velo para la falta y se ponen al servicio de los anhelos narcisistas de completitud. Por esa vía el odio asoma a la puerta, pues aquello que resulta perturbador está destinado a un intento de destierro que atiza las pasiones del ser hasta el punto, incluso, de manifestarse como deseo de aniquilación. Se busca borrar así la imagen del otro; el modo en que se le define como indeseable para las pretensiones del yo.

## Anhelos fascistas

---

La palabra *fascismo* se define, según la Real Academia de la Lengua Española, como:

1. m. Movimiento político y social de carácter totalitario que se desarrolló en Italia en la primera mitad del siglo xx, y que se caracterizaba por el corporativismo y la exaltación nacionalista.
2. m. Doctrina del fascismo italiano y de los movimientos políticos similares surgidos en otros países.
3. m. Actitud autoritaria y antidemocrática que socialmente se considera relacionada con el fascismo<sup>14</sup>.

Resaltemos la primera acepción. De ella quiero hacer notar que la pretensión de totalitarismo se relaciona de manera precisa con las pasiones del ser, de manera particular con el odio por aquello que se resiste a la correspondencia con la definición que se ha fijado en torno a ciertos ideales. No ha de resultarnos extraño, entonces, que el odio devenga en violencia. Pero, a propósito de esta precisión, vale la pena señalar que no debemos confundir la violencia con otra palabra a la que suele asociarse, a saber, el conflicto: "la violencia no es el conflicto mismo, sino el intento de su eliminación toda vez que para

---

14 Real Academia Española (RAE). *Diccionario de la lengua española*, 2020.  
<https://www.rae.es/>

que el conflicto desaparezca es necesario desaparecer la diferencia, someterlo a lógicas totalitarias, lo que significa el silenciamiento de la otredad sea cual fuere el medio"<sup>15</sup>.

Tal como lo revela la experiencia psicoanalítica, el conflicto es estructurante tanto de la subjetividad como del lazo social. Dado que por la ley del *no-todo* la imposibilidad de síntesis está situada en el centro de la condición humana, el conflicto entre representaciones es constituyente. El totalitarismo requiere de la violencia basada en el odio, precisamente, para justificar su definición del ser como única posible con la promesa de eliminar el conflicto; razón por la cual todo aquello que atente contra tal definición, o la ponga en cuestión, se constituirá en lo otro odiado como éxtimo. De ese modo, la violencia adviene como resultado del deseo de eliminar el conflicto. Por tanto, sería cuando menos impreciso suponer que el conflicto es lo mismo que la violencia o su causa primordial. Es la función de desconocimiento del yo, apuntalada en el odio que moviliza hacia la eliminación del conflicto por vía de la aniquilación del otro, lo que se manifiesta en el centro del acto violento.

Aclarado este asunto, retornemos al tema del fascismo. Resulta de gran interés el modo en que Pascal Quignard, en su texto *El sexo y el espanto*<sup>16</sup>, sitúa una etimología común en el latín antiguo para las palabras falo, fascinación y fascismo; se trata del vocablo *fascinus*. Según Quignard, "El *fascinus* es la palabra romana para nombrar el *phallós*"<sup>17</sup>. Si intentamos una transliteración al castellano, la palabra que inmediatamente salta a la vista es *fascinación*, y ocurre que "El deseo fascina"<sup>18</sup>. Pero Quignard llama la atención, además, en la concordancia etimológica entre *fascinus* y la palabra griega *phallós*, lo cual nos permite ubicar una indicación de Lacan según la cual se debe hacer "captar al paciente la función de significante que tiene el

15 John James Gómez y Lizette Teresa Figueroa, "¿Posconflicto en Colombia o retorno de lo reprimido? Algunas problematizaciones a la luz de la teoría psicoanalítica", en *Salud mental y física: tendencias y perspectivas investigativas* (Pereira: Editorial Universidad Católica de Pereira, 2019), 124.

16 Pascal Quignard. *El sexo y el espanto* (Barcelona: Editorial Minúscula, 2005).

17 *Ibid.*, 51.

18 *Ibid.*

falo en su deseo”<sup>19</sup>. Entonces, el falo, como significante, representa el deseo, funciona como aquello que intenta nombrar lo que falta. Además, el falo cumple la función especular con la que se intenta representar el objeto que completaría la falta en la imagen narcisista. Lógicamente ese objeto, que es el objeto *a*, opera como falta en cuanto causa y “esta causa debe ser entendida intrínsecamente como una causa perdida”<sup>20</sup>; dicho de otra manera, como un incorporal irrepresentable. De ese modo, se configura para el falo, *fascinus*, una doble función que apunta, en la intersección entre dos registros articulados: imaginario y simbólico, a introducir sentido allí donde, debido a la causa perdida, opera el *sin-sentido*.

Ahora bien, en la mitología romana antigua el *fascinus* designaba el pene erecto del dios Príapo; representaba su potencia, emulada por los hombres guerreros romanos en sus guerras y conquistas. También representaba el objeto deseado por los otros, que se convertía en causal de la *invidia* (envidia), aquello que se desea con los ojos (*in-vidos*). De hecho, los romanos como forjadores de un Imperio atacaban preventivamente sometiendo a aquellos que padecían esa *invidia*. Podría decirse que esa era una de las condiciones de su política, defender a toda costa su ostentación del *fascinus* que provocaba la *fascinación*, por un lado, en ellos mismos respecto de sus ideales, por otro, de quienes invadidos por la *invidia* querrían arrebatárselos. Esa política de la defensa anticipada, que es equivalente al modo en el que opera el yo, es también la política que seguimos viendo hoy en las naciones que intentan erigirse como potencias.

Entonces, la articulación entre *fascinus* e *invidia* es estructurante de la relación especular. Las pasiones del ser se mueven en ese circuito atizando las luchas por el “narcisismo de las pequeñas diferencias”<sup>21</sup>. En esa relación estructurante, “El sostén, que en griego se dice *strophión* y en latín *fascia*, está relacionado con el *fascinus*”<sup>22</sup>. De *fascia* deriva *fascismo*. Podemos afirmar, así, que el fascismo se sostiene en

---

19 Jacques Lacan, “La dirección de la cura y los principios de su poder”, en *Escritos 2* (México, Siglo XXI Editores, 2009), 602.

20 Jacques Lacan, El seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, psicoanálisis (Buenos Aires: Paidós, 1973), 134.

21 Sigmund Freud, “El tabú de la virginidad”, en *Obras completas*, Vol. XI (Buenos Aires: Amorrortu, 1986), 195.

22 Quignard, El sexo y el espanto, 60.

un anhelo basado en la *priapeia*, que “consiste en agitar el *fascinus* gigante contra la *invidia* universal”<sup>23</sup>.

Allí se ubica el anhelo primordial del yo, y para sostener un anhelo tal se esfuerza en blandir los ideales intentando silenciar, y a veces aniquilar, aquello que representa la diferencia. Su anhelo es fascista y buena parte del sufrimiento que lo implica está relacionado con ello. Por supuesto, *no-todo* se reduce a ese anhelo. Pero la experiencia analítica pone de manifiesto el modo en que cada uno busca la forma de arreglárselas intentando sostener (*fascia*) sus identificaciones para no sucumbir al horror que implicaría verse desvanecido en el vacío constituyente de la falta en ser. La lucha, entonces, es ante todo de cada uno con su propia *fascinatio obnubilante*.

## El odio como capital político

El solo hecho de que la palabra *política* derive del latín *polis* (ciudad) nos invita a ubicarla en el plano de las relaciones entre lo público y lo privado, es decir, de la estructura del pudor. Es común que esto se deje de lado y se reduzca la política al plano del ejercicio del poder y la dominación, las luchas partidistas y las formas de gobierno. Por su parte, Carl Schmitt, según Jiménez, propone definirla a partir del antagonismo amigo/enemigo: “la distinción política específica, aquella a la que pueden reducirse todas las acciones y motivos políticos es el criterio de amigo/enemigo”<sup>24</sup>.

Sea como fuere, cuando de la política se trata, están en juego tanto el ejercicio del poder como el develamiento que se produce en el tránsito entre lo privado y lo público, o, dicho de otra manera, en el modo en que se presenta la relación *ausencial/presencia*. Entonces, una de las formas del pudor es el uso que, por la falta en

23 Ibid., 52.

24 William Guillermo Jiménez, “El concepto de política y sus implicaciones en la ética pública: reflexiones a partir de Carl Schmitt y Norbert Lechner”, en *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, no. 53 (2012), 1. <https://www.redalyc.org/pdf/3575/357533685008.pdf>

ser, se hace de la palabra y de la letra (*parlêtre*<sup>25</sup>). Es por eso por lo que las palabras proferidas por quienes se abocan a una vida pública en el campo del ejercicio del poder están sometidas a un rigor que busca provocar la fascinación en aquel a quien se dirigen, poniendo en escena el carácter de la palabra como función imaginaria del falo simbólico. Lacan lo sabía bien y por eso su seminario era un escenario donde el uso del pudor se centraba en la puntuación, escansión y dilación de la palabra, a tal punto que rayaba con la teatralidad; el efecto esperado era la fascinación. Así las cosas, el pudor se funda en la estructura signifiante, es decir, del lenguaje, y ocurre que “El lenguaje es una puerta”<sup>26</sup>.

En tal virtud, el pudor tiene que ver con lo que se elige mostrar y ocultar; lo que está detrás del velo de la ventana, del otro lado de la puerta y, en todo caso, de la interrogación acerca de la obscenidad del poder, de la ostentación, del develamiento del falo. Lo *impúdico* sería precisamente alguna forma de arribo a esa obscenidad:

Es sin embargo experiencia al alcance de todos. Que el pudor designa como lo privado. ¿Privado de qué? Justamente de que el pubis solo llegue al público, donde se exhibe por ser el objeto de un levantamiento del velo.

Que el velo levantado no muestre nada, he ahí el principio de la iniciación (en los buenos modales de una sociedad, al menos)<sup>27</sup>.

Mientras el velo levantado no muestre nada, el pudor sirve como sostén (*fascius*). De allí que el arte de la retórica en la política consista precisamente en levantar el velo manteniendo la ceguera, sosteniendo la *fascinatio obnubilante*. De este modo, mantener privado el goce en juego mientras se devela en público el anhelo de gozar, constituye una de las vías posibles por las que puede expresarse el anhelo

---

25 Propongo reescribir de esta manera el neologismo lacaniano *parlêtre*, que regularmente se traduce por ser *hablante*, *hablanteser* o *hablente*, para señalar que además de *ser* y *hablar*, está allí también la palabra *letra/carta*.

26 Jean-Michel Vappereau, “El territorio de la fobia. De la neurosis como una realización de la teoría de los grafos”, en *Fort Da. Revista de Psicoanálisis con Niños*, no. 10 (2008). <http://www.fort-da.org/fort-da10/vappereau.htm>

27 Jacques Lacan, “Prefacio al despertar de primavera”, en *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 588.

fascista. Y es por esa vía que el odio es susceptible de administrarse como una forma de capital político. Pero, para que se constituya ese capital, es necesario que se ponga en juego una cierta lógica de discurso. Lacan supo presentarla bien; le llamó discurso capitalista, y valdría la pena no confundirlo con el modelo político-económico llamado neoliberalismo. El discurso capitalista pone al *sujeto* en el lugar del agente, al *saber* en el lugar del Otro, al *goce* en el lugar de la producción y al *significante amo* en el lugar de la verdad. Es por eso por lo que en el discurso del capitalismo lo que está en juego es la prohibición de la pasividad, la cual puede ser interpretada como impudicia: “*Impuditia in ingenuo crimen est, in servo necessitas*”<sup>28 29</sup>. A mi juicio, ese es uno de los puntos cruciales para diferenciar el discurso del amo del discurso capitalista; enfatizando el modo como el primero fue propuesto por Lacan en *El reverso del psicoanálisis*<sup>30</sup>.

**Figura 1** Matemáticas del Discurso del amo y del Discurso capitalista



Nota. Rubén Di Marco, 2019.

En el discurso del amo, el significante amo se ubica en lugar del agente (valdría en este caso jugar con la equívocidad: “de la gente”). Allí la pasividad es un deber absoluto del esclavo para poner en producción un goce, mientras que la verdad del sujeto se mantiene velada. No hay impudicia en ese caso, precisamente porque no se promete nada en torno a la libertad.

28 “En el hombre que nace libre la pasividad es un crimen; en el esclavo es un deber absoluto”. Traducción propia.  
 29 Quignard, El sexo y el espanto, 14.  
 30 Jacques Lacan, El seminario de Jacques Lacan, Libro 17: El reverso del psicoanálisis (Buenos Aires: Paidós, 1992).



En el discurso capitalista, en cambio, el hecho de que el sujeto esté en el lugar del agente hace suponer que lo que estaba velado podrá develarse, a saber, la verdad del sujeto. Pero no es eso lo que ocurre. Bajo el sujeto se ubica una verdad velada, aún, la del significante amo que está ahí exigiendo que se siga produciendo un goce a partir del saber. Dicho de otra manera, se muestra la dimensión del sujeto del inconsciente como aquello que servirá de agente para producir un goce que, al final, permitirá que el amo siga presente pero ahora velando su relación con la verdad. Entonces, se puede llegar a tanto como creer que es posible quitarse de encima a la represión y que, en tanto se ha nacido libre, sería un crimen la pasividad y la no productividad. Dicho de otra manera, el discurso capitalista sirve como soporte a las pasiones del ser, invitando a “agitar el *fascinus* gigante contra la *invidia* universal”<sup>31</sup>, mientras se desconoce la verdad de los significantes amo que están en juego. Vemos, pues, que el significante “competencias” tiene ganado su justo lugar en un discurso donde la pasividad es vista como impúdica.

Conviene tener en cuenta que ese empuje a agitar el *fascinus* corresponde a algo distinto de lo acontecido con el esclavo que intentaba revelarse ante el discurso del Amo antiguo, pues en ese caso el Amo no estaba velado. Los significantes en juego operaban como agentes sin velo. En el caso del discurso capitalista, quien agita el *fascinus* poniendo en juego sus pasiones del ser desconoce qué significantes amo son aquellos que mueven los hilos de su esclavitud. La *fascinatio obnubilante*, ligada al goce que se produce en esa ilusión de poder destruir lo otro, lo diferente, como un acto de “rescate del pudor”, es un capital que puede administrarse, y de hecho se administra con gran eficiencia en nuestros tiempos.

Identificar un enemigo a quien se le atribuye el deseo de llevarnos a la pasividad, es decir, al crimen de la impudicia para aquel que ha nacido libre, constituye la táctica. Las acciones dirigidas a mostrar la inevitabilidad de ese destino si no se destruye al enemigo es la estrategia. Entonces, cuando el miedo a ese destino se muda en odio, este deviene un valioso capital que, en su acumulación, supone la posibilidad de un intercambio para evitar el destino de la impudicia. Cada uno paga con su propio anhelo fascista, si es que

---

31 Quignard, El sexo y el espanto, 52.

deviene preso de la mezcla entre la *fascinatio obnubilante* y el goce que implica la pulsión de muerte, por el derecho a odiar y destruir al otro que ha sido ubicado en el lugar del enemigo. Todo ello, por supuesto, a título de salvaguardar el pudor. Esa es tal vez una de las razones por las cuales los discursos moralmente más radicales suelen respaldar con frecuencia los anhelos fascistas, a la vez que acumulan capital basado en el odio.

El miedo infundado a partir del develamiento de un supuesto amo perverso que exigiría nuestra absoluta pasividad sirve para velar el deseo de quienes, promoviendo el miedo, buscan convertirse en ese amo sobre el cual alertan. Odiar a ese supuesto amo perverso se convierte en un capital valioso que, suficientemente capitalizado, es decir, orientado hacia las pasiones del ser, valida el anhelo fascista, totalitario, a título de una protección y seguridad que serían necesarias para no quedar en la impúdica pasividad frente a una amenaza semejante. Así, la vida deviene mercancía intercambiable por un anhelo fascista ofertado como única posibilidad de seguridad, y con ello el totalitarismo se propone como horizonte mesiánico. El odio, como relación especular, tal como lo pensó Freud, es clave para entender el modo en que, anclado en la pulsión de muerte, cuenta con una fuerza más primordial y potente que el amor. A partir de allí, su constitución como capital político hace del odio el mejor aliado del anhelo fascista del yo en el marco del discurso capitalista.

Ante semejante panorama, el psicoanálisis no aspira a convertirse en un nuevo discurso moral que invite a agitar el *fascinus* universal, tampoco en una práctica que se oferte como garante de algún tipo de salvación. Pero sabemos que es uno de los grandes reclamos que se le hace: se le interroga por no ser efectivo en el sentido de los juegos de las competencias del discurso capitalista y por no ofrecer una transformación del mundo para eliminar la impudicia.

El psicoanálisis es una práctica que apunta a lo singular y, como tal, plantea la posibilidad de subvertir los efectos que en cada uno se manifiestan de lo insoportable de la ley del *no-todo*, así como del empuje estructurante del yo a eliminar la diferencia. Nada más que eso, aunque no haya garantía de que en todos los casos sea posible.

## Bibliografía

- Bréhier, Émile. La teoría de los incorporeales en el estoicismo antiguo. Buenos Aires: Editorial Leviatán, 2011.
- Di Marco, Rubén. “Torbellino en el amor, en el deseo y en el goce en tiempos de predominio del discurso capitalista”. En *Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis*. (2019). [www.lazospsi.org.ar/descargas/lacano\\_libro.pdf](http://www.lazospsi.org.ar/descargas/lacano_libro.pdf)
- Freud, Sigmund. “El tabú de la virginidad”. En *Obras completas*, Vol. XI, 185-204. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- \_\_\_\_\_. “La interpretación de los sueños”. En *Obras completas*. Vols. IV y V, 1-707. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- \_\_\_\_\_. “Pulsión y destinos de pulsión”. En *Obras completas*. Vol. XVII, 105-134. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- \_\_\_\_\_. “Proyecto de psicología”. En *Obras completas*, Vol. I, 323-464. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Gómez, John James y Figueroa, Lizette Teresa. “¿Posconflicto en Colombia o retorno de lo reprimido? Algunas problematizaciones a la luz de la teoría psicoanalítica”. En *Salud mental y física: tendencias y perspectivas investigativas*, 122-143. Pereira: Editorial Universidad Católica de Pereira, 2019.
- Jiménez, William Guillermo. “El concepto de política y sus implicaciones en la ética pública: reflexiones a partir de Carl Schmitt y Norbert Lechner”. En *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, no. 53 (2012): 215-238. <https://www.redalyc.org/pdf/3575/357533685008.pdf>
- Lacan, Jacques. El seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1973.
- \_\_\_\_\_. El seminario de Jacques Lacan, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Buenos Aires: Paidós, 1983.
- \_\_\_\_\_. El seminario de Jacques Lacan, Libro 17: El reverso del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1992.
- \_\_\_\_\_. “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos 2*, 559-616. México: Siglo XXI Editores, 2009.
- \_\_\_\_\_. “Discurso de Roma”. En *Otros escritos*, 147-180. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- \_\_\_\_\_. “Radiofonía”. En *Otros escritos*, 425-472. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- \_\_\_\_\_. “Prefacio a una tesis”. En *Otros escritos*, 413-424. Buenos Aires: Paidós, 2012.

- \_\_\_\_\_. “Prefacio al despertar de primavera”. En *Otros escritos*, 587-590. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Quignard, Pascal. *El sexo y el espanto*. Barcelona: Editorial Minúscula, 2005.
- Vappereau, Jean-Michel. “El territorio de la fobia. De la neurosis como una realización de la teoría de los grafos”. En *Fort Da. Revista de Psicoanálisis con Niños*, no. 10 (2008): s.p. <http://www.fort-da.org/fort-da10/vappereau.htm>